



La vida monástica y la misión de la mujer consagrada

I. A la luz de Santo Domingo

"Señora, ¿cuánto pide por ese tapete colgado allí en su puesto?" preguntó el caballero montado a caballo. "Cien rupias, señor", contestó la ancianita. "Es un tapete muy fino y no lo venderé por menos!" "¿Cien rupias, mujer?" respondió el caballero. "En todos mis viajes nunca he visto otro tapete tan fino. En nombre de Alá ¿por qué está pidiendo sólo cien rupias?" "La viejita se quedó asombrada y con una cara que reflejaba sorpresa y dolor, le contestó: "Porque hasta ahorita no sabía que había números más grandes que cien".

Cuento Sufi

Extender nuestros horizontes es un proceso que produce una mezcla de asombro y dolor en cualquier vida humana. Hoy en día tanto la Iglesia como la sociedad, las mujeres como los varones, estamos experimentando la maravilla y, a la vez, la confusión relacionada con la revaloración contemporánea del ser y quehacer de las mujeres ¹.

Los obispos latinoamericanos y caribeños reunidos en Santo Domingo en octubre de 1992 para afrontar como pastores las grandes cuestiones

¹ Prioras Benedictinas Norteamericanas. *Toward full discipleship*. (Un Documento de Estudio acerca del Papel de la Mujer Benedictina en la Iglesia y la Sociedad) Benet Press, Erie, Pa., 1984, p.1.

que surgen en esta víspera del tercer milenio, dedicaron siete números llenos de desafíos y posibilidades al tema de la mujer.

Si bien la sección sobre la vida consagrada no trajo novedades (ver DSD 85-93), leerla a la luz de la sección sobre las mujeres, nos abre un abanico de oportunidades concretas para vivir evangélicamente el don de la vida religiosa en la Iglesia hoy.

Hagamos un breve análisis de los números dedicados a las mujeres (DSD 104-110). Siguiendo fiel a la metodología de todo el documento, esta parte comienza con la persona de Jesucristo, en quien *no hay varón ni mujer, ya que todos somos uno en Cristo* (Cf. Gal 3,26-29). Jesús, que vivió en circunstancias históricas en las cuales las mujeres fueron marginadas, las invitó a ser sus amigas, discípulas, y testigos de su resurrección (DSD 104).

No podría faltar el tema de María, virgen y madre de Jesús y protagonista de la historia por su cooperación libre llevada a la máxima participación con Cristo (DSD 104).

En el #105 se reconoce que la sociedad y la Iglesia no siempre han tenido clara conciencia de la igual dignidad del varón y la mujer; y que aun hoy día existe de hecho una escandalosa distancia entre la teoría de esa igualdad y la práctica (DSD 106). El #105 nos ofrece también una descripción de algunos de los rasgos sobresalientes de la situación de las mujeres latinoamericanas y caribeñas. Esta parte se puede enriquecer con las aportaciones del Documento de Puebla (DP 834-849).

En la sección sobre los Compromisos Pastorales (DSD 107-110), encontramos fuerza y urgencia. He tratado de reagrupar estas Líneas para tener una visión de conjunto:

1. Urge una toma de conciencia basada en el discernimiento evangélico y el análisis crítico de la realidad en relación con:

- 1.1 la dignidad común del varón y la mujer;
- 1.2 los estereotipos de la femineidad;
- 1.3 los movimientos que luchan por la mujer desde distintas perspectivas para:
 - potenciar sus valores
 - iluminar lo que puede parecer confuso, y

- denunciar lo que resulta contrario a la dignidad humana.

1.4 los obispos hacen un llamado particular a la conciencia de los sacerdotes y dirigentes laicos para que acepten y valoren a las mujeres en la comunidad eclesial y en la sociedad.

2. La labor de concientización requiere, y a la vez orienta, una serie de tareas formativas que son las siguientes:

2.1 desarrollar una lectura de la Palabra de Dios que descubra los rasgos que la vocación femenina aporta al plan de salvación;

2.2 crear nuevos lenguajes y símbolos que rescaten el valor de cada persona;

2.3 evitar los contenidos que discriminan a la mujer, reduciendo la valoración de su dignidad e identidad;

2.4 implementar programas de educación para el amor y la educación sexual en la perspectiva cristiana.

3. La formación de una conciencia crítica frente a las actitudes y acciones que atentan en contra de la mitad de la raza humana, nos lleva a ejercer nuestra vocación profética de:

3.1 anunciar el verdadero ser de las mujeres, sacando del Evangelio la luz y la esperanza de lo que ella es en plenitud;

3.2 denunciar valientemente:

3.2.1 los atropellos a las mujeres latinoamericanas y caribeñas, sobre todo a las campesinas, indígenas, afroamericanas, migrantes y obreras;

3.2.2 todo aquello que atenta contra la vida.

4. La vocación profética también nos lleva a realizar obras que reflejen el plan de Dios para la humanidad. El documento habla de varios caminos de acción:

4.1 crear espacios para que las mujeres puedan descubrir sus propios valores, apreciarlos y aportarlos abiertamente a la sociedad y a la Iglesia;

4.2 buscar caminos para que se den entre la mujer y el varón relaciones interpersonales basadas en el mutuo respeto y aprecio; el reconocimiento de las diferencias; el diálogo y la reciprocidad;

- 4.3 incorporar a las mujeres en el proceso de toma de decisiones en todos los ámbitos;
- 4.4 fomentar con urgencia el liderazgo femenino y promover la presencia de las mujeres en la organización y la animación de la Nueva Evangelización;
- 4.5 impulsar una pastoral que promueva a las mujeres indígenas en lo social, en lo educativo y en la política;
- 4.6 favorecer los medios que garanticen una vida digna para las mujeres más expuestas (empleadas domésticas, migrantes, campesinas, indígenas, afroamericanas, trabajadoras humildes y explotadas).
- 4.7 intensificar y renovar el acompañamiento pastoral a mujeres en situaciones difíciles: separadas, divorciadas, madres solteras, niñas y mujeres prostituidas a causa del hambre, del engaño y del abandono.

Para un documento corto ¡esta es una lista bastante larga! (Santo Domingo tiene 303 números, el Documento de Puebla, 1293).

Los nexos que unen la Nueva Evangelización, la vida religiosa y las mujeres no son de poca importancia.

En el VI Encuentro Interamericano de Religiosos y Religiosas celebrado en Santo Domingo en febrero-marzo de 1994, Francisco Taborda S.J., al hablar de las implicaciones de la Nueva Evangelización para la vida religiosa, señala no sólo la atención a la gente pobre sino también la desclericalización y el reconocimiento de la dignidad de la mujer. Estos son temas íntimamente vinculados. La desclericalización exige de los religiosos presbíteros una seria reflexión sobre las dos dimensiones distintas de su vocación: la religiosa, o en nuestro caso, la monástica, y la presbiteral; y el abandono del autoritarismo y el elitismo clericales.

...En cuanto al segundo, cabe, sin duda, a la vida religiosa femenina un rol extremadamente significativo en la liberación de la mujer, especialmente dentro de la Iglesia. Asumir su existencia como mujer y llevar por el ejemplo a que otras mujeres descubran su dignidad femenina en el panorama tradicionalmente machista latinoamericano es tarea que la vida reli-

giosa (especialmente femenina) tiene que afrontar si quiere merecer el nombre de evangelizadora².

La importancia del tema parece evidente, y esa evidencia se irá esclareciendo cada vez más. Espero que en un futuro no muy lejano el tema de la igual dignidad de las mujeres y los varones sea un tema histórico, algo parecido al tema de la esclavitud. Pero así como cuando leemos la historia de la esclavitud, descubrimos a mujeres y hombres que usaron su libertad y su poder en favor de la gente esclava para ayudarles en su lucha, así también espero que, al leer la historia de la liberación de las mujeres haya mención no sólo de mujeres, sino también de varones de la vida monástica que participaron en su lucha. En ese futuro no muy lejano, no habrá necesidad de un inciso especial sobre "las mujeres" porque estaremos explícitamente presentes en las otras categorías.

Pasemos ahora a buscar en nuestras fuentes monásticas la orientación propia de nuestro carisma para afrontar este desafío.

II. La vuelta a las fuentes de la vida monástica en relación a las mujeres

Si es difícil el retorno a las fuentes de una historia tan antigua como la nuestra, resulta doblemente difícil encontrar fuentes de la vida monástica en relación a las mujeres. Se ha dicho que la historia la escriben los vencedores; y, de hecho, la historia la han narrado casi exclusivamente los varones. Sin mala intención, pero con prejuicio evidente, los historiadores prestan atención a lo que para ellos ha venido siendo más importante. Esto reduce a las mujeres a un papel histórico secundario y subordinado. Sin embargo, han habido esfuerzos recientes por rescatar la historia de las mujeres, y la vida monástica no ha estado ajena a esta tarea.

² Taborda, Francisco S.J. *Nueva Evangelización y sus Implicaciones para la Vida Religiosa*, en "Encuentro Interamericano de religiosos y religiosas". Santo Domingo, 1994. Edición privada de las ponencias, CIRM, México, 1994. p. 23.

II. 1 Antecedentes

En los antecedentes a la vida cenobítica, encontramos a las vírgenes cristianas de la Iglesia primitiva. En el siglo IV hubo algunas mujeres que huyeron al desierto. En ese mundo terriblemente masculino de los anacoretas, las pocas mujeres que había se sentían obligadas a demostrar su "virilidad" para poder aguantar la vida solitaria. Madre Sara, reflejando la mentalidad de la época, dijo una vez que aunque en su cuerpo fuera mujer, en su espíritu era ciertamente hombre. Los nombres de Teodora, Sara y Sinclética están intercalados en la lista de los "padres" del desierto, aunque estas tres santas nos han dejado un legado de maternidad espiritual³.

En el siglo IV encontramos asimismo mujeres romanas dedicadas a la ascesis y al estudio, a la reflexión y a la difusión de la Palabra de Dios en la ciudad. Macrina, las dos Melanias, Marcela, Paula y Eustoquio se hicieron famosas en los escritos de algunos de los hombres más destacados de la época. Fueron presentadas como modelos y compañeras muy queridas. Sus voces enérgicas nos llegan como un eco en los escritos de los Padres de la Iglesia.

Macrina nos habla a través de la vida y la obra de sus hermanos menores, Basilio de Cesarea y Gregorio de Nisa, a quienes ella había atraído a la vida ascética. Marcelina nos llega por medio de las reflexiones de su hermano Ambrosio. La historia de Paladio y los escritos de Jerónimo abundan en su mención de mujeres. Tenemos cartas escritas a ellas y acerca de ellas, pero no nos ha llegado ni una sola epístola de este grupo de mujeres santas y cultas⁴.

³ *Los dichos de los Padres. Colección alfabética de los Apotegmas.* Trad. Martín de Elizalde osb. Apostolado Mariano, Sevilla, 1991. Vol. I, pp. 97-99. Vol. II, pp. 122-129.

⁴ Lozano, Juan Manuel. *Historia e Intrahistoria Femenina de la Vida Religiosa. Al otro lado de la Historia*, en "Algunas mujeres nos han sobresaltado. Vida consagrada: femenino y masculino plural". Publicaciones Claretianas, Madrid, 1993. pp. 180-181. Cf. también: McNamara, Johann *Muffled Voices: The Lives of Consecrated Women in the Fourth Century*, en "Distant echos, medieval religious women", Vol. I. Cistercian Publications, Kalamazoo, Michigan, 1984, pp. 11-29.

II. 2 *La Vida Cenobítica: sus primeras expresiones*

Pasando a la historia propiamente cenobítica encontramos que en momentos privilegiados las mujeres monásticas han forjado un ideal espiritual de la identidad femenina basada en su ser de mujer... esto en contraste con tanta hagiografía que ha propuesto un ideal de santa asexuada cuya meta consiste en trascender la "naturaleza femenina" e imitar las "virtudes masculinas".

Del Reino Merovingio en los siglos VI y VII descubrimos biografías de dos santas monjas que seguían la Regla de Cesáreo de Arlés: Radegunda y Baltilda. Lo que nos llama la atención de estas biografías es el hecho de estar escritas por monjas que conocían a las santas. Sus descripciones del desarrollo espiritual, el ascetismo y la devoción religiosa de Radegunda y Baltilda nos revelan figuras maternas, promotoras de la paz, mediadoras en los conflictos sociales, llenas de solicitud por la gente pobre y necesitada⁵.

Las mujeres anglosajonas de los siglos VII y VIII vivieron un capítulo único en la historia de la vida monástica femenina. Sus tradiciones germanas y celtas concedían un lugar de importancia a las mujeres en la vida política, social y económica de la sociedad. Esto se debía en parte a sus religiones paganas anteriores en las que las sacerdotisas y las diosas ocupaban lugares de importancia. Los anglosajones consideraban a las mujeres como personas sabias y fuertes, capaces de hacer análisis sociopolíticos y servir como embajadoras de la paz al casarse con varones de otras tribus. Las mujeres tenían derecho a la propiedad y, en caso de asalto o asesinato, se exigía el pago de una suma mayor por una mujer que por un varón. Esta realidad fue cambiando en forma negativa para las mujeres con el avance de la mentalidad romana sobre la céltica en la Iglesia británica.

La mayoría de las santas inglesas pertenecen a esta época del cristianismo anglosajón. Entre ellas, la más sobresaliente es Hilda de Whitby

⁵ Wemple Foney, Suzanne. *Female Spirituality and Mysticism in Frankish Monasticism: Radegund, Balthild and Aldegund*, en "Peace weavers, medieval religious women", Vol. II. Cistercian Publications, Kalamazoo, Michigan, 1987, pp. 39-49.

(614-680). Las aportaciones de su Abadía doble en Whitby, a la sociedad y a la Iglesia, nos dan un ejemplo clásico de mujeres nobles, bien preparadas y reconocidas por su calidad humana y espiritual. Hilda fue una mujer santa y sabia, llamada un Gamaliel femenino, que promovió la fe y la cultura dentro y fuera de su monasterio. Fue una mujer fuerte y sensible a las necesidades de su época. Fue la anfitriona del Sínodo de Whitby en 644 y su firma aparece en los decretos sinodales.

El florecimiento monástico femenino no se dió sólo en Whitby. En su *Tratado sobre la virginidad*, Aldhelm alabó a las monjas de Barking por su vida de ascesis y estudio. Cinco abadesas de Kent estuvieron presentes en el Concilio de Beckenham en 694 y firmaron los decretos después de los obispos y antes que los presbíteros. Hubo más de veinte fundaciones monásticas femeninas en el período anglosajón que dieron un gran impulso a la fe y la cultura británicas⁶.

Un siglo después, Bonifacio siguió teniendo en alta estima a las monjas, cosa que se observa en su correspondencia con monjas inglesas desde su tierra de misión en Alemania. Las monjas anglosajonas que fueron a Alemania a petición de Bonifacio realizaron una obra misionera extraordinaria. Ocuparon puestos de responsabilidad en el vasto territorio misionero, fueron diligentes en el estudio y ejercieron la hospitalidad con predilección por la gente pobre y menesterosa. Sin embargo, es de notar que estas monjas vivieron bajo un mayor control del obispo —en este caso Bonifacio mismo— que sus hermanas en Inglaterra y Francia, y permanecieron dependientes, mientras que los monjes anglosajones lograron su independencia del obispo. Hay que recordar que Bonifacio, en su obra misionera en Alemania, organizó la Iglesia de esa región bajo la influencia romana⁷.

En Sajonia, sobre todo en las abadías de Herford, Gandersheim y Quedlinburg, en los siglos IV y X, encontramos a monjas que ejercieron gran influencia intelectual y social en su medio ambiente.

⁶ Luecke, Janemarie. *The Unique Experience of Anglo-Saxon Nuns* en "Peace weavers", pp. 55-65.

⁷ Eckenstein, Lina. *Woman under monasticism, chapters on Saint-Lores and convent life between a.d. 500 and a.d. 1500*, The University Press, Cambridge, 1896, pp. 118-142.

En ese clima surgió y desarrolló sus talentos la monja Roswita, una gran literata medieval. Sus obras, escritas en primer lugar para sus hermanas de comunidad, atrajeron la atención de un público más extenso. En la introducción de su segundo libro de leyendas, ruega a quienes van a leer los cuentos que "no desprecien, por su sexo, a la mujer que saca esta melodía de una caña frágil". Este tipo de comentario, común de las mujeres de esa época, revela un prejuicio social generalizado hacia las capacidades intelectuales y artísticas de una mujer. La modestia de Roswita, su perseverancia, la altura de su pensamiento y su claridad de propósito atraen al lector. No podemos sino respetar sus capacidades y el sistema de educación que le permitió desarrollarlas⁸.

II. 3 Los siglos XII y XIII

El siglo XII ha sido considerado por algunos historiadores como uno de los más críticos en la historia de la civilización occidental. Para la vida monástica femenina tuvo algunos aspectos que se pueden considerar positivos:

- hay una estabilidad de observancia, un equilibrio en la relación con los monasterios masculinos: proximidad sin una excesiva dependencia. Se logra un sano equilibrio en cuanto a la clausura, pues las monjas salen cuando fuere necesario;

- existe un proceso de democratización que permite que entren mujeres que no sean de familias nobles;

- se diversifican las instituciones y las tradiciones. En este proceso se dan dos fenómenos: hay monasterios en los cuales las monjas son importantes y reconocidas jurídicamente desde un principio, como en Fontevault, la Congregación del Paráclito y la Congregación de las Gilbertinas; y monasterios femeninos que después de un largo proceso se afilian a monasterios masculinos. Es el caso de las Cistercienses y las Cartujas⁹.

⁸ *Ibíd.* pp. 143-184.

⁹ Leclercq, Jean, *osb. Feminine Monasticism in the Twelfth and Thirteenth Centuries*, en "The continuing quest for God. Monastic spirituality in tradition and transition". The Liturgical Press, Collegeville, Minesota, 1982. pp. 116-117.

En el siglo XII surge el don de profecía en dos monjas alemanas: Hildegarda de Bingen e Isabel de Schönau. Fueron muy diferentes entre sí, pero las dos fueron reconocidas como profetisas ya en vida, y con esa capacidad ofrecieron un liderazgo a la Iglesia y a la sociedad¹⁰.

Sólo recientemente se ha empezado a traducir y estudiar las obras de Hildegarda. Esta gran mujer fue teóloga, liturgista, poeta, comentarista de la Regla de San Benito, dramaturga, filósofa, directora espiritual, exegeta de las Sagradas Escrituras. Sabía también de medicina, música e historia natural. Sin embargo, ella repetidas veces se describía como "una pobre mujer, débil y frágil desde la infancia". Hildegarda subrayaba una y otra vez la inferioridad genérica de las mujeres, pero nunca permitió que los hombres ignoraran su mensaje por el hecho de proceder de una mujer. Estaba convencida de que vivía en una edad en la cual los varones se habían extraviado tanto que Dios había tenido que llamar a las mujeres a realizar la misión que ellos estaban descuidando. Hildegarda, hija de su época, despreciaba la naturaleza femenina, pero con Pablo se gloriaba en el hecho de que Dios hubiera escogido lo más débil para confundir a los sabios y fuertes (*ICo* 1,27-29)¹¹.

En el siglo XII el sistema feudal comenzó a resquebrajarse. Al crecer los centros urbanos, se generó un nuevo tipo de pobreza y abundaron los limosneros. A este fenómeno respondieron los monasterios femeninos con caridad excepcional. En muchos de ellos la hospedería y la misma enfermería monástica fueron lugares de acogida para la gente pobre y enferma¹².

Con el desarrollo de los centros urbanos y las universidades en los siglos XII y XIII las comunidades monásticas, especialmente las femeninas, casi imperceptiblemente al principio, dejaron de ser centros de actividad intelectual. Las mujeres fueron totalmente ignoradas o rechazadas por

¹⁰ O'Dell, M. Colman. *Elizabeth of Schönau and Hildegard of Bingen: Prophets of the Lord*, en "Peace weavers", pp. 85-102.

¹¹ Newman, Barbara. *Divine Power Made Perfect in Weakness: Hildegard on the Frail Sex*, en "Peace weavers", pp. 103-122.

¹² Eckenstein. p. 285.

las universidades. El más grande de los escolásticos del siglo XIII negó a las mujeres, a priori, cualquier capacidad de ejercer el poder¹³.

En este contexto surgen tres místicas en la Abadía de Helfta, en Sajonia: Gertrudis la Grande, Matilde de Hackeborn y Matilde de Magdeburgo, la beguina, que fue a pasar los últimos años de su vida con las monjas de Helfta. Este monasterio, llamado "la corona de los claustros alemanes", cultivaba mujeres fuertes, de alto nivel moral e intelectual, de gran fervor, intenso realismo e imaginación casi ilimitada. Las tres nos han dejado un tesoro poco común en la historia de las mujeres: una colección de escritos.

La abadesa Gertrudis de Hackeborn fue, en gran parte, la responsable de crear un ambiente tan vigoroso en el cual se dio este florecimiento místico. Ella estaba convencida de que el descuido de los estudios llevaría a la incomprensión de las Escrituras. Buscó asiduamente buenos libros para la biblioteca monástica e insistió en la formación intelectual de sus monjas¹⁴.

II. 4 *El rostro femenino de Dios*

Hildegarda de Bingen, Matilde de Magdeburgo y, más que nadie, Juliana de Norwich, una reclusa inglesa del siglo XIV, nos descubren el rostro femenino de Dios. En sus *Revelaciones*, Hildegarda describe a Dios como el amor femenino dando a luz la creación y abrazándola en armonía perfecta.

Matilde de Magdeburgo nos dice que Dios no sólo es padre, sino que también es una madre que levanta a su hija/o amada/o de la tierra a su regazo. La Trinidad es como el manto de una mujer dentro del cual la/el niña/o encuentra su hogar y reposa su cabeza en el pecho materno.

Juliana de Norwich nos presenta una visión desarrollada de Dios en un círculo completo de vida, desde el nacimiento hasta la muerte, en sus *Revelations of divine love*. En otra parte dice: *Así como Dios es nuestro*

¹³ Leclercq, p. 133.

¹⁴ Eckenstein, pp. 128-131.

*padre, también es una verdadera madre...Yo soy el poder y la bondad del Padre... Yo soy el amor y la sabiduría de la Madre...(Showings)*¹⁵.

II. 5 La producción artística y artesanal

Del siglo VIII al XIV los monasterios fueron centros de producción artística y artesanal: tejidos, bordados, pintura, iluminación y copia de manuscritos fueron realizados con excelente calidad en los claustros de mujeres.

Las cambiantes condiciones sociales y económicas hicieron que esa realidad se transformara a partir del siglo XIV, ya que, en la medida en que los artesanos y las artesanas de los centros urbanos podían practicar su oficio y responder de manera más económica a los gustos de los grupos emergentes en la sociedad, la mayoría de los monasterios abandonaron su trabajo artístico¹⁶.

II. 6 La clausura

Queda por abordar un aspecto de la vida monástica que ha tenido un manejo muy diferente para los varones y las mujeres: la clausura. Toqué este tema en nuestro Encuentro Monástico Latinoamericano en México, en 1986¹⁷. Aquí, por la naturaleza del tema, hace falta retomarlo.

En los orígenes de nuestra vida, la clausura ocupaba el lugar de un medio. Era una ayuda para crear un espacio espiritual que favoreciera la vida ascética, y en casos necesarios, servía de protección física de la violencia social y política. Por costumbre, el abad controlaba la clausura de sus monjes. A veces la abadesa tenía el mismo derecho.

¹⁵ Meehan, Bridget Mary. *Exploring the feminine face of God, a prayerful journey*, Sheed and Ward, Kansas City, Missouri, 1991. pp. 57-69.

¹⁶ Eckenstein, pp. 222-23.

¹⁷ Henry, Patricia, osb. *La Vida Monástica en América Latina y los Derechos Humanos*, en "V Encuentro monástico latinoamericano", México, 1986, publicada en "Revista San Anselmo", Abadía Benedictina del Tepeyac, 1986, pp. 158-159.

A partir de la reforma carolingia, que buscaba la uniformidad en todo el imperio y la corrección de abusos existentes en comunidades femeninas, las reglas de clausura sufren un cambio que varía de lugar a lugar, y de la teoría a la práctica. En general reflejan actitudes sociales y eclesiales cada vez más negativas en relación a las mujeres. Desde el principio la legislación fue hecha por varones que no vivían la clausura y ni siquiera consultaban a las monjas para organizar sus vidas.

Las políticas en relación con la clausura a partir de esa época revelaban cada vez más una atmósfera de temor, suspicacia y desconfianza hacia las mujeres y su debilidad sexual. Por eso reinaba la inquietud por proteger de manera especial a estos "vasos frágiles" de sí mismos para poder conservarlos como esposas de Cristo.

El argumento de Idung de Prüfening, un monje cisterciense alemán del siglo XII, en favor de la clausura para las mujeres sintetiza esa mentalidad:

...Cuando decimos..."una mujer consagrada", el sentido pleno incluirá los dos (conceptos), o sea: el sexo frágil y la intención de la santa virginidad. Virgilio describe el primero así: "Voluble y eternamente cambiante es la mujer". El apóstol describe el otro cuando dice: *la virgen se preocupa de las cosas del Señor, de ser santa en el cuerpo y en el espíritu*. Cuando estas dos tendencias coinciden en una misma persona, ¿quién puede inventar una protección adecuada para que el sexo débil pueda perseverar en su empeño —el de ser un ángel?¹⁸.

¡La mentalidad que perfila este texto nos revela mucho más los prejuicios masculinos sobre la mujer que su consideración acerca de ese espacio apropiado para fomentar la vida entregada a Dios!

Al extenderse una legislación sobre la clausura femenina cada vez más estricta, las consecuencias tocaron todas las áreas de la vida de las monjas:

— El papel de la abadesa con su influencia social y eclesial, se fue reduciendo a un rol privado dentro del monasterio.

¹⁸ Tibbetts Schulenburg, Jane. *Strict Active Enclosure and its Effects on the Female Monastic Experience (ca 500-1100)* en "Distant echos", p. 79.

– Las monjas se volvieron cada vez más dependientes de los obispos y los monjes en lo económico, lo educativo y en la toma de decisiones, aun respecto a su propia vida.

– Las monjas dejaron de ser las colaboradoras indispensables que habían sido en los primeros siglos del monaquismo occidental para convertirse en hermanas "menores de edad".

Fue en 1398 cuando el Papa Bonifacio VIII impuso la clausura de parte de la Santa Sede como una obligación estricta y universal para todas las monjas. Para entonces la vida monástica estaba en franca decadencia.

II. 7 Lecciones recogidas de las fuentes

Buscar a las mujeres en la historia monástica es algo así como la tarea de Rut: recoger las espigas que los segadores han dejado en el campo. Apenas he comenzado y queda mucho por espigar; pero de este esfuerzo inicial he recogido algunas lecciones que quiero compartir con Uds. Creo poder afirmar que nuestra vida monástica femenina ha promovido a las mujeres dentro y fuera de los monasterios:

- cuando la búsqueda de Dios ha sido intensa, enraizada en la Palabra y en una formación intelectual que ha ayudado a comprender esa Palabra;
- cuando las mujeres han creído firmemente que Dios obra a través de ellas;
- cuando en los monasterios se han realizado trabajos significativos que han respondido a las necesidades de la época;
- cuando el monasterio ha estado cercano a la gente empobrecida de su época;
- cuando las mujeres han participado en la toma de decisiones que afectan su vida;
- y cuando han mantenido su autonomía económica.

De esta manera, cuando estos elementos han estado más presentes en la vida monástica femenina, mejor se ha podido aportar su don a la Iglesia y, de manera especial, a las mujeres de su tiempo. Por el contrario, cuando por razones internas y/o externas, han estado ausentes estos factores, en el mejor de los casos se han dado comunidades con:

- liturgias bien ejecutadas;
- observancia casi impecable de las reglas;
- mujeres cuidadosas en sus devociones y
- piadosas en sus motivaciones, pero sin el poder de ser personas plenamente vivas, en cuyo proceso de autotransformación se encuentran las semillas de la transformación de la sociedad para la glorificación de Dios.

III. Líneas de acción aquí y ahora

Hasta aquí, he pasado de la revisión de los números del Documento de Santo Domingo dedicados a las mujeres, al señalamiento de algunos de los destellos de la vida monástica femenina a través de la historia.

Sabemos que el aquí latinoamericano es complejo y se enriquece con la conciencia emergente de su pluralidad cultural y su multiplicidad étnica.

De la misma forma, el ahora del continente agudiza su problemática social, económica y política con la imposición del neoliberalismo y con los aciertos y las limitaciones de la visión hasta ahora denominada posmoderna. El DSD nos ubica ante estas realidades.

Ahora me pregunto y les pregunto a ustedes: ¿cómo hemos de cuidar la semilla benedictina sembrada en estas tierras de Latinoamérica y del Caribe, ante los retos que nos plantea el tercer milenio y para que dé frutos también en favor de sus mujeres?

Voy a compartirles algunas de las respuestas que contemplo.

Ante todo, me parece evidente que nos urge tomar conciencia de que estamos viviendo uno de los cambios culturales más profundos y universales de la historia.

Toda la humanidad se ve afectada cuando la mitad de esa humanidad toma conciencia de su existencia personal y la expresa. Existe un despertar progresivo de las mujeres difícil de situar y de fechar con precisión. La

bibliografía, las reuniones, los programas, los encuentros, las publicaciones, las investigaciones, son incontables en el mundo entero¹⁹.

No podemos permanecer ajenas/os a este despertar. El querer ignorarlo nos convierte en cómplices de quienes pretenden mantenerse en una posición de superioridad.

En la primera parte de este trabajo hablé de una serie de tareas en la línea de la toma de conciencia. Conviene acercarse a ellas en forma simultánea y con actitud crítica. De otro modo, corremos el riesgo de partir deductivamente desde nuestros propios estereotipos de "las mujeres", aun en nombre de la fe.

III. 1 Considerar la aportación de los diversos feminismos

Tal vez lo que más trabajo nos cueste sea el acercamiento a los diversos feminismos. Es posible que su trayectoria conflictiva junto a la búsqueda reivindicatoria del poder de las mujeres, puedan chocar con nuestra sensibilidad. Sin embargo, diversas disciplinas nos enseñan que la primera etapa de toma de conciencia de grupos en marginación ancestral es contestataria. Pero hay que esperar que el sobresalto se estabilice, para ir al fondo y buscar "las semillas de Verbo" que están presentes en sus búsquedas.

El feminismo, en su sentido más amplio, es un compromiso con la igual dignidad de todas las personas, mujeres y varones, para la construcción de una sociedad verdaderamente humana. En su forma moderna nació en la Francia y la Inglaterra de finales del siglo XVIII, para pasar a extenderse posteriormente a los Estados Unidos de Norteamérica. Ahí surgió el feminismo liberal. Pero los hay también de corte colectivista, radical, cultural y ecológico, según diferentes contextos históricos e ideológicos²⁰.

Es importante, asimismo, distinguir entre los feminismos de los así llamados primer y tercer mundos. Enrique Dussel señala una de las características particulares de las mujeres en el tercer (¡y ahora en el cuarto!)

¹⁹ Porcile Santiso, María Teresa. *La mujer, espacio de salvación, misión de la mujer en la Iglesia. Una perspectiva antropológica*. Imdosoc y Librería Parroquial de Clavería, México, 1993. p. 38.

²⁰ Riley, María, op. *Transforming feminism*. Sheed and Ward, Kansas City, Missouri, 1989, pp. 46-62.

mundo: a la mujer desde pequeña se la educa para ser lo que es... "la oprimida de un oprimido en una cultura oprimida"²¹.

Los diversos feminismos tienen en común una intuición fundante: por una parte, el que no existe justificación alguna para que la diferencia biológica se traduzca en desigualdad. Y, por otra, que no existe distinción de hecho entre las esferas pública y privada: lo que sucede en la recámara, expresan, está íntimamente ligado con lo que sucede en la Cámara. En la esfera privada y en la pública, el varón tiene el poder de dominio y la mujer ocupa un lugar subordinado.

Este hecho innegable, afirman las diversas posiciones feministas, se sustenta en la creencia pancultural que identifica a la mujer con la naturaleza, y al varón con la cultura. Y la distinción cultura-naturaleza es, en sí, un producto de la cultura, definiéndose mínimamente la cultura como "el trascender, por medio de sistemas de pensamiento y de tecnología, los hechos naturales de la existencia"²². De esta manera, si el varón es el que "trasciende", obviamente es él quien piensa y decide quiénes, cómo, cuándo y bajo qué condiciones se harán las transformaciones en la naturaleza.

De allí que la base de la praxis feminista se encuentre en la vinculación entre la transformación personal y de la vida cotidiana con la transformación política, social, económica, religiosa y cultural²³.

III. 2 Los estereotipos femeninos

Los análisis que han hecho los/las feministas nos han ayudado mucho a detectar los estereotipos de la mujer.

Los estereotipos no son propiedad exclusiva de los medios de comunicación. La forma "monástica" de atender a las mujeres puede esconder un prejuicio hacia las mismas.

²¹ Citado en *La mujer, espacio de salvación*, p. 113.

²² Ortner, Sherry B. *¿Es la Mujer con respecto al Hombre lo que la Naturaleza con respecto a la Cultura?*, en "Antropología y feminismo", Ed. Anagram, Barcelona, 1979, p. 115.

²³ Cf. Hierro, Graciela. *Política y Filosofía Feminista*, ponencia presentada en el III Congreso feminista de Yucatán, enero de 1994, Museo de la Ciudad de México, México D.F.

La hipervaloración de la virginidad al igual que la subvaloración de la misma, esconden una visión distorsionada del cuerpo femenino. En la misma línea, desde que la tipología Eva/María entró en la tradición, las mujeres reales, históricas, hemos sido más y más identificadas con Eva, mientras que María se ha convertido en un ser idealizado, como virgen y madre. Esta imagen idealizada de María no contribuye a crear condiciones de cambio para las injustas situaciones que viven las mujeres concretas. Al contrario, tiempos y pueblos de más intensa devoción mariana han sido, con frecuencia, los más represivos para las mujeres²⁴.

Hay esfuerzos contemporáneos valiosos encaminados a "rescatar" a María de su "Torre de marfil" y encontrar en ella un modelo liberador para las mujeres de nuestros pueblos. La fuente originaria para esta tarea es la misma Palabra reveladora de Dios.

Pero, lo sabemos muy bien, no cualquier hermenéutica bíblica contribuye a esclarecer el mensaje liberador para las mujeres.

Con este señalamiento paso a uno de los ejes dinamizadores de la vida monástica, que considero de capital importancia para nuestras respuestas a esta problemática particular de las condiciones en que viven las mujeres. Y me refiero a la lectio divina.

III. 3 La Lectio Divina: Escucha, Diálogo, Respuesta

Considero la lectio divina como el diálogo transformador que se establece entre la Palabra de Dios que nos revela su proyecto para la humanidad y que es fruto del don de su amor incondicional, y la realidad histórica en que vivimos. Esta escucha de la Palabra que entra en diálogo con nuestra realidad, discierne en la lectio la respuesta para acortar distancias entre el proyecto del amor de Dios y la realidad que vivimos.

Por esto la lectio es un diálogo transformante de la persona que escucha y transformador de la realidad en que se vive.

Dios en Jesús, la Palabra que revela el proyecto divino, nos dice que somos ya, en la fe, un pueblo de iguales, y que esa voluntad de Dios para

²⁴ García Paredes, José Cristo Rey. *La Mujer Consagrada en la Ministerialidad de la Iglesia*, en "Algunas mujeres", p. 291.

sus hijas e hijos es la tarea que nos confía: al don de la filiación que se nos entrega en el amor incondicional de Dios, se responde con la tarea de la fraternidad y "sororidad" en la historia.

De esta manera, considero la lectio como el estilo de vida monástica que nos lleva a actualizar nuestra vocación profética, porque es un camino de discernimiento benedictino de la voluntad de Dios para nuestra vida y para nuestros tiempos.

La lectio no puede ser ajena a los estudios bíblicos de los últimos años, que nos proporcionan instrumentos útiles para comprender mejor los textos y que acortan las distancias cronológicas y culturales. La teología tradicional hace uso de estos medios para ayudarnos a estar cada vez más cercanas/os al sentido pleno de la revelación y evitar una lectura fundamentalista o puramente devocional.

Actualmente contamos también con métodos de hermenéutica bíblica feminista que descubren en la revelación un llamado a la salvación y a la promoción de la humanidad total. De esta manera, consideran que lo que niega, distorciona u obstaculiza la liberación de cualquier sector de la humanidad, contradice y rechaza la voluntad redentora universal de la Palabra que se encarna en Jesús de Nazareth, el Cristo.

Esta metodología busca, también, la conversión personal y estructural a la manera profética: denunciando textos misóginos, revalorizando textos marginados, haciendo lecturas reinterpretativas de textos negativos. En el ámbito de la traducción se interesa especialmente en el lenguaje y en las interpretaciones inclusivas²⁵.

Hemos de acercarnos con espíritu abierto y crítico a estas aportaciones, para recibir de ellas lo que puede enriquecer nuestra lectio divina para anunciar con valor y audacia "lo que el evangelio significa para las mujeres" (DSD 108).

Es evidente que un enriquecimiento en esta dimensión central de nuestras vidas, habrá de reflejarse en el oficio divino que marca en nuestros monasterios el ritmo de la Palabra que alimenta y sostiene nuestro

²⁵ Cf. Schüsler Fiorenza, Elizabeth. *En memoria de ella. Una reconstrucción teológico-feminista de los orígenes del cristianismo*. Trad. María Tabuyo. DDB, Bilbao, 1989.

esfuerzo en el trabajo que busca transformar el mundo y construir estrechas y auténticas relaciones comunitarias.

III. 4 La Liturgia, el lenguaje y los símbolos

La lectio emerge de la liturgia y nos prepara para ella. Una nueva sensibilidad crítica hacia la dimensión femenina de la Palabra de Dios podrá despertar nuestra creatividad en el uso del lenguaje y de los símbolos al descubrir y celebrar a Dios Madre y Padre.

Nuestra divinidad trina trasciende las categorías humanas, pero gusta de manifestarse en imágenes tanto masculinas como femeninas para acercarse a nosotras/os: la mujer con dolores de parto (*Is* 42,14; *Jn* 16,11); la madre consoladora (*Is* 66,11-12); la partera (*Sal* 22,9-10); la gallina que quiere reunir a sus polluelos (*Mt* 23,37); la madre águila (*Dt* 32,11-12); la Sofía, fuerte, transformadora y creadora...

Nuestro carisma monástico nos prepara de manera especial para algunas tareas que señala el Documento de Santo Domingo en relación a la liturgia y que, a su vez, pueden ser promotoras de las mujeres:

- Promover y formar a quienes están encargadas/os de dirigir la oración y la celebración de la Palabra en ausencia del sacerdote (DSD 51).

- Evitar la clericalización de la Liturgia de las Horas y fomentar en ella la máxima participación de las y los laicos, para que tenga todo su sentido liberador y su fuerza evangelizadora (cf. DSD 51).

- Trabajar por eliminar el error que identifica la contemplación con el claustro y ayudar a las mujeres a asumir la dimensión contemplativa de su vocación bautismal (DSD 47).

- Retomar la práctica de la dirección espiritual por parte de las mujeres, para las mujeres y los varones, y así ayudarles a madurar en su compromiso cristiano (DSD 42).

III. 5 La Formación Monástica

Todo lo que señala el Documento de Santo Domingo como tareas educativas respecto a la mujer, deben formar parte de nuestros programas de formación inicial y continua, y no solo en las comunidades femeninas

sino también en las masculinas. Además, ya he mencionado algunos matices de la virginidad que han de estar presentes al tratar el tema de la castidad.

Me gustaría añadir una palabra sobre la obediencia. Con demasiada frecuencia, en nombre de la humildad y de la obediencia, hemos formado a los jóvenes con actitudes de menores de edad. Se ha escuchado que el pecado mayor de las mujeres no es el orgullo, quizás lo sea el de los varones. El pecado de las mujeres iría más bien en la línea de la falta de decisión, la distracción, la falta de organización, los sentimentalismos, etc²⁶.

Hoy en día, para preparar a los y las formandas para hacer un voto de obediencia, habrá que propiciar una moral personal responsable y la capacidad de asumir compromisos y tomar decisiones propias. Las teorías psicológicas contemporáneas sobre las etapas del desarrollo humano intelectual, afectivo, psicológico, moral y de la fe, podrán servir de auxilio en esta tarea²⁷.

III. 6 La Hospitalidad como actitud monástica

Entre todas las acciones que sugiere el Documento de Santo Domingo, la que creo que nos toca de manera especial a quienes estamos aquí, es la de ser "espacios para que las mujeres puedan descubrir sus propios valores, apreciarlos y aportarlos abiertamente a la sociedad y a la Iglesia" (DSD 107).

La hospitalidad, de esta manera, está llamada a redimensionarse ante este nuevo pentecostés de la Iglesia que nos urge a participar la Buena Nueva de la dignidad plena de todas las hijas y los hijos de Dios.

Este valor tan fuertemente arraigado en la cultura latinoamericana cobra especial importancia a la luz de lo que tratamos.

Nuestros monasterios serán centros y focos de Nueva Evangelización, cuando en ellos haya una clara conciencia y una práctica coherente con la igual dignidad de las mujeres y de los varones; cuando todas las

²⁶ Porcile, p. 88. Nota al pie de la página.

²⁷ Cf. Conn, Walter. *Christian conversion: a developmental interpretation of autonomy and surrender*. Paulist Press, New York, 1986.

personas experimenten una cálida acogida en la “mutualidad” y en el diálogo; cuando nuestra forma de compartir el pan material, el Pan de la Palabra y el Pan eucarístico, revele al Dios que da a luz en la vida nueva y plena, que nutre, que enseña, y que forma hasta la madurez, en la libertad del Espíritu, a todas sus hijas e hijos.

Conclusión

A manera de conclusión, quiero tan sólo agregar que mucho falta por explorar, por experimentar, por vivir, en esta dimensión tan rica y compleja que significa la esfera de lo femenino en todo sus aspectos.

Y en este fin de tantas cosas y principio de tantas otras, con el nuevo milenio que se avecina a pasos agigantados, las mujeres y los varones benedictinos y cistercienses tenemos, una vez más, la oportunidad histórica de releer nuestro carisma, que a través de la escucha atenta con los oídos del corazón, nos invita, por la *conversatio*, a ser latidos vivientes y esperanzadores en donde puedan diluirse el desencanto y la falta de esperanza que caracteriza a un mundo cansado de anhelar lo que no le llega de ninguna parte... aún.